

Junio 2021 – Nº 2

*Instrúyanse, porque tendremos necesidad de toda vuestra inteligencia.
Agítense, porque tendremos necesidad de todo vuestro entusiasmo.
Organícense, porque tendremos necesidad de toda vuestra fuerza.*

Antonio Gramsci



ARTÍCULOS PUBLICADOS
Primer Semestre 2021

Autoras y Autores

Adela Cortina Filósofa, catedrática de Ética de la Universidad de Valencia y directora de la Fundación Étnor Ética de los Negocios.

Alberto Fraguas Biólogo ecólogo, director del Instituto de Estudios de la Tierra, asesor ejecutivo de sostenibilidad y transición ecológica en Alianza por la Solidaridad y miembro de Futuro Alternativo.

Fernando Prats Arquitecto Urbanista. Miembro del Patronato de la Fundación FUHEM, Foro de Transiciones y Futuro Alternativo.

Fernando Valladares Doctor en Ciencias Biológicas, profesor de investigación en el CSIC, profesor asociado de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y miembro de Futuro Alternativo.

Jesús Salgado Ingeniero Industrial, profesor de la Universidad Politécnica de Madrid, miembro del Centro de Innovación y Tecnología para el Desarrollo (itdUPM), de ATTAC y de Futuro Alternativo.

Juan A. Gimeno Catedrático de Economía de la UNED. Miembro de Economistas sin Fronteras, Plataforma por la Justicia Fiscal y Futuro Alternativo.

Julio Gambina Doctor en Ciencias Sociales, profesor de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario y de la FCEJYS de la Universidad Nacional de San Luis (Argentina), presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, miembro del Consejo Científico de ATTAC España.

Artículos

5 Crecimiento, ecología y pensamiento mágico

Alberto Fraguas

9 Es mucho más barato prevenir que atajar pandemias

Fernando Valladares

12 Pandemias, libertades y democracias en el Antropoceno

Fernando Prats

14 Una forma de optimismo

Jesús Salgado

17 La “recuperación” europea en tiempos de emergencia

Fernando Prats

CTXT 3/03/21

22 Fiscalidad sin complejos

Juan A. Gimeno

CTXT 14/05/21

25 Un nuevo “marketing” político

Adela Cortina

El País 18/05/21

27 ¿Fracaso del neoliberalismo?

Julio Gambina

América Latina en Movimiento 28/06/21

Presentación

Estimado/a lector/a.

Está ante el segundo número de nuestra revista semestral donde recogemos nuestros artículos publicados este primer semestre de 2021, junto con algún otro que consideramos interesante incluir por coincidir en nuestra línea de pensamiento.

A lo largo de este semestre parece que vamos viendo un poco la luz al final del túnel respecto a la crisis sanitaria originada por el COVID-19 debido ritmo de vacunación de la población y que esperamos que muy pronto tengamos ese ansiado 70% de los ciudadanos/as inmunizados/as.

La otra noticia positiva es la aprobación por parte de la Comisión Europea del **Plan de Recuperación y Resiliencia** presentado por el Gobierno de España y que supondrán la disponibilidad de 140.000 millones de euros hasta 2026, de los que en este mismo año 2021 recibiremos 19.000 millones. Es posible que cuando esté leyendo este texto, ya hayamos recibido un anticipo de 9.000 millones.

Esperamos que esta enorme cantidad de dinero se utilice de forma correcta en transformar nuestra economía hacia un nuevo modelo de producción sostenible y cuidadoso con el medio ambiente y no nos pase como antaño, que el dinero que teníamos a nuestra disposición se gastó en el ladrillo y se nos fue por el desagüe de la corrupción, mientras que otros países lo invirtieron en innovación tecnológica, lo que hizo que perdiéramos la oportunidad de disponer de una economía de alto valor añadido.

Desde aquí queremos resaltar los puntos negros urgentes de nuestra economía que debemos corregir:

1. Enorme crecimiento de la pobreza, uno de cada cuatro trabajadores es pobre. Hemos incorporado un nuevo término a nuestro diccionario: **Pobre asalariado**.
2. Fuga de talento de nuestros jóvenes hacia otros países por la falta de oportunidades.
3. Tenemos una generación invisible puesto que la mayoría de los nuevos puestos de trabajo no son para jóvenes, y los afortunados tienen un salario cada vez más bajo.

Desde nuestros modestos medios, hemos decidido ser un altavoz de los jóvenes para que sus demandas sean oídas por la sociedad y puedan ser protagonistas del futuro que les corresponde vivir.

Necesitamos que nuestros políticos se pongan las pilas y se olviden de la táctica a corto plazo (ciclo electoral de 4 años) y aborden todos estos problemas como un **asunto estratégico**, pero por desgracia, no percibimos hasta ahora una voluntad que vaya a ser así.

Espero que disfruten la lectura.

Paco Cantero
Coordinador Futuro Alternativo
Junio – 2021

Crecimiento, ecología y pensamiento mágico

Alberto Fraguas

1. “El mercado puede permanecer irracional más tiempo del que usted puede permanecer solvente”. John M. Keynes

Esta sincera y dolorosa aseveración del prestigioso economista Keynes llevaría a poner en duda la confianza en todo nuestro modelo económico, pero además nos conduce a una cuestión clave: ¿Es aún solvente nuestro planeta Tierra y, si lo es, hasta dónde llegaría esa solvencia?

Que es irracional lo conocemos hace muchos años, pues un sistema económico basado en el pensamiento mágico de un crecimiento perpetuo en un entorno de recursos naturales finito está abocado al fracaso.

Es obvio que los avances científicos en climatología, en biología de sistemas, en geología e incluso en antropología, han hecho ver que se precisa revisar este paradigma *crecentista* proveniente de un antropocentrismo (emanado por la Ilustración) que implicando el predominio del individuo sobre el colectivo no entendió, ni aún lo entiende, que somos una parte más del ecosistema global; un antropocentrismo que ha ido derivando en productivismo y consumismo (hay que consumir lo que se produce para que la rueda gire) que está afectando las bases mismas donde el modelo se asienta, generando graves disfunciones que se miden en desequilibrios ecológicos y desigualdades sociales que se retroalimentan.

Sin embargo, confiamos en que nuestro modelo económico es suficientemente seguro y que, en todo caso, las disfunciones que crea siempre tendrán solución porque el ingenio humano es infinito y siempre encontrará las salidas tecnológicas como por arte de magia, obviando que tal supuesta infinitud está supeditada a una realidad que es finita.

Sin duda consciente de este hecho, en un proceso de autorrevisión, se crean diversas herramientas para demostrar la integración de la ecología en la economía, aflora el desarrollo endógeno, luego el desarrollo sostenible y sus ODS (Objetivos de Desarrollo Sostenible), la economía circular y hoy la transición ecológica. Intentos sin duda necesarios, pero no suficientes si nos atenemos a que los actuales indicadores socioecológicos son los peores de la humanidad. Algunos ejemplos: los niveles de CO₂ atmosférico son de 415 ppm (a pesar de la covid) un nivel que compromete los objetivos del Acuerdo de París contra el Cambio Climático; aún hay 1.000 millones de personas sin abastecimiento hídrico saludable en el mundo (y más de 2.000 sin saneamiento); la OMS estima siete millones de muertos anuales por la contaminación atmosférica, la abundancia de especies ha disminuido un 20% en los últimos 50 años y hay un millón en peligro de extinción (sí, la biodiversidad, esa que es escudo protector ante pandemias como la covid), etc... Un dato demoledor es la reciente publicación en la revista *Nature* de una investigación que muestra que en 2020 la masa global antropogénica (edificios, infraestructuras ...) superó toda la biomasa viva.

No, las medidas correctoras que se ha autoimpuesto el productivismo para mantener su continuidad no han dado resultado. Es más, podría decirse que, a pesar de sus posibles buenas intenciones, ha

FUTURO ALTERNATIVO

coadyuvado a que aumentaran, por inacción, los niveles de inseguridad y desigualdad globales. En la figura a continuación se observan gráficamente el dimorfismo del Planeta medido en huella ecológica en 2019 (superficie productiva que se requiere para satisfacer el nivel de consumo de recursos naturales), con un obeso norte que aprisiona a un adelgazado sur.

No hay economía sin ecología, sin duda, pero ¿qué tipo de economía? La que llamamos circular no lo es según la propia termodinámica (la economía es entrópica). Un modelo productivista basado en el crecimiento infinito y en los beneficios permanentes como el capitalista requiere unos ritmos en las tasas de renovación de materiales de los ciclos naturales (del agua, del aire...) que la naturaleza no puede atender. Por eso los recursos naturales se están agotando y abocan al fracaso al propio modelo de sociedad (la sociedad autófaga de A. Jappé) donde el sistema capitalista, desmesurado por definición, lleva a la autodestrucción arrastrando personas y vidas en un incremento de desigualdades creciente con un potencial darwinismo social en el horizonte que puede derivar en ecofascismos. La única opción viable y sostenible sería que el propio modelo económico tuviera en cuenta en su diseño estas tasas de renovabilidad, que armonizara con ellas, pero esto iría en contra de las prioridades de crecimiento actuales.

2. "No podemos ir contra la Física, contra la Química, contra la Biología". (Susan George. Comunicación personal)

El cambio climático y lo que conlleva no es sino un indicador de la situación y marca claramente la dirección hacia donde nos dirigimos, más si se tiene en cuenta la directa relación entre crecimiento económico (medido en términos de PIB) y el ciclo energético de generación y consumo causante mayoritario del calentamiento global. Focalicemos el proceso actual en la transición energética en marcha, siempre teniendo en cuenta que la transición socioecológica debe ser mucho más amplia.

El techo de disponibilidad de recursos energéticos fósiles (petróleo, gas, uranio) ha llegado ya, lo que implica que la energía invertida en generación (Tasa de Retorno energético) es cada vez mayor, algo insostenible técnica y económicamente (ambientalmente hace tiempo que se demostró).

Las élites económicas y energéticas (realmente son las mismas) son conscientes de ello, como lo eran del cambio climático desde hace más de 50 años, y conocen bien sus causas. Las negaron el tiempo necesario para amortizar inversiones en energías fósiles realizadas y en poner en marcha los "lavados verdes" de estas mientras en paralelo se iba profundizando en las energías "alternativas" de entonces, que hoy ya son consolidadas como renovables. Una nueva fase de acumulación de capital que se garantiza así la perpetuación del control energético mediante los oligopolios preexistentes, en base a un mero cambio tecnológico con el horizonte de salvación del planeta y de las personas.

Sin duda las energías renovables son necesarias, pero ¿son suficientes para mantener el nivel de consumo energético actual? Al margen de algunas que se han verificado como de dudosa sostenibilidad social y ambiental como los biocombustibles (y que implican neocolonialismos energéticos), las energías solar y eólica poseen unas evidentes limitaciones estructurales, ya que implicarían la electrificación de todo el modelo productivo, que mantiene unas enormes dependencias del petróleo (¿qué hacemos con el acero?).

A esto habría que añadir su necesidad de coexistir con las energías fósiles pues muchos materiales básicos de las renovables son derivados del petróleo, así como el transporte de los mismos dependen del gasoil. Asimismo, la demanda de minerales raros (escasos) que implica a las renovables (litio, cobalto, neodimio, lantano, etc...) supone una evidente limitación en un proceso extractivo que además provoca importantes impactos ambientales y residuos consiguientes.

La sustitución de energía fósil a renovable sin reducir los niveles de consumo actual roza también el pensamiento mágico. Un simple cálculo: para alcanzar el objetivo que se ha planteado la Unión Europea

FUTURO ALTERNATIVO

en el 2030 (al menos un 55% de renovables), se requiere dismantelar oferta de combustibles fósiles a un ritmo de entre 4% y 6% anual, es decir, habría que sacar de la oferta entre 25 y 35 exajoules de combustibles fósiles, un reto casi utópico teniendo en cuenta que la capacidad instalada con fuentes renovables desde el año 2000 al 2020 es de apenas 30 exajoules. Es decir, implementar la oferta de renovables cada año, similar a lo que la humanidad ha logrado en dos décadas, y eso es cada año hasta el 2031.

Además, se hace una apuesta casi mítica por el hidrógeno verde, una tecnología claramente inmadura cuyo horizonte temporal de viabilidad no está claro. Aún así va a movilizar un enorme contingente de fondos europeos para su desarrollo, que irán directamente a las empresas energéticas (sí, a las causantes del Cambio Climático), con las petroleras reconvertidas en eléctricas y todas ellas obligadas ante la depreciación de sus activos fósiles a hacerse con activos renovables entregándose al H verde con el colchón de fondos públicos y siempre desde el enfoque de la oferta y nunca desde el de las demandas reales.

Sin duda es necesaria la transición energética pero estas transiciones llevan su tiempo (el paso de madera a carbón llevó más de 150 años, de este al petróleo 100) y hoy el cambio climático ha recortado este tiempo. Es imposible realmente frenar sus consecuencias con el actual *business as usual* sin reconocer las limitaciones de nuestro actual modelo económico más allá de quimeras tecnológicas.

Es cierto que empieza a haber posicionamientos más allá de *greenwashings* o lavados verdes, con apuestas necesarias, pero no suficientes que además confunden objetivos con instrumentos (el actual Green New Deal de la UE es un ejemplo). La respuesta no puede ser el mismo modelo con mágicas correcciones y ajustes verdes. Por tanto, no se precisa solamente de un cambio tecnológico sino en la redefinición drástica de todo el modelo energético y por ende, productivo.

3. “El sistema está roto y perdido. Por eso hay futuro”. José Luis Sampedro

El actual metabolismo sacionatural hace que nos dirijamos a un proceso de crisis encadenadas, pero ¿cuáles son las alternativas? Como vimos, las viejas soluciones, aunque se tiñan de verde, no valen para los nuevos paradigmas. Se requieren nuevas políticas que generen nuevos comportamientos sociales, nuevas conductas basadas en un nuevo esquema de valores postrecentistas.

Los nuevos paradigmas implican simplificación y autocontención de la economía (mejor con menos), un transitar hacia un estado estacionario, de progreso sin crecimiento, para lo que es esencial empezar a considerar realmente la economía como una parte de la ecología y no al contrario.

La hoja de ruta de un cambio tan profundo exige obviamente su tiempo (al fin y al cabo el capitalismo lleva 400 años operando), en un proceso que exige la politización de la crisis global y en el que el Estado tiene un papel fundamental en cuanto a regulador de los accesos a los recursos. También la responsabilidad individual y colectiva tiene un papel transformador esencial tanto para velar porque el Estado actúe en pro del interés común y no por los intereses del capital, como también, y de manera fundamental, demostrando la factibilidad de un modelo diferente con la puesta en marcha de iniciativas ciudadanas de nueva economía. En este sentido, existe ya un gran número de actuaciones en diversos sectores que muestran la factibilidad de una nueva economía. Así desde cooperativas energéticas –como “Som Energía”–, redes de agroalimentación de cercanía y sistemas agroambientales en la extensión agrícola, coordinadoras de comercio justo, entidades para la restauración del medio natural (como el buscador de internet Ecosia) y un largo etc... muestran que hay un camino ya trazado.

Se plantean a continuación algunos ejes por los que transitar hacia este cambio de modelo:

- **El bien común como base de una nueva economía** (como la mercantilización lo fue en el pasado siglo) que fomente iniciativas comerciales de cercanía donde se priorice la recuperación de áreas

FUTURO ALTERNATIVO

naturales y urbanas y la reutilización/retroalimentación. Esta nueva economía global hará inválido el PIB como medidor por lo que requerirá de otro indicador más holístico/integral.

- Un **Estado que actúe como integrador de interfaz mercado/naturaleza**, pero además que asegure los servicios básicos, priorice, oriente y garantice para todos esta nueva economía del bien común, donde se tienda a la limitación de ingresos reequilibrados con medidas fiscales necesarias, en paralelo a cambios de los modelos de propiedad, donde se priorice el servicio más que la posesión.
- **Redefinir el papel del dinero (desmercantilizarlo)** y su dependencia con la deuda y por tanto con los procesos de *financiarización*, donde el sector financiero se reorienta en el nuevo contexto de limitación de beneficios hacia el apoyo de las economías locales interdependientes y hacia proyectos de beneficio colectivo.
- **Mantenimiento y fomento de la diversidad** (biológica, social, económica y de gobernanza), así como la conectividad de esos mismos vectores, configurando un sistema creciente de mayor autonomía en los territorios (relocalización) tanto a nivel alimentario como energético. Se debe priorizar el ahorro y eficiencia en el uso creciente de energías renovables y una reducción planificada de los fósiles (generación descentralizada y distribuida).
- **Fomento de la gobernanza policéntrica**, con procesos participativos de largo alcance en base a iniciativas comunitarias de intervención.
- **Revitalizar la ruralidad** y fomentar entornos de integración territoriales y funcionales del medio rural con los entornos urbanos.

Se plantea por tanto cambiar la manera de estar en el planeta y la forma de producir y consumir.

La Ilustración trajo el racionalismo a la civilización occidental, pero no conocía los límites de la naturaleza. Hoy sí. También el productivismo capitalista implicó algunos avances, pero ha chocado con sus propias contradicciones.

Se precisa transitar hacia una nueva economía y se requieren cambios realmente disruptivos hacia esa transición diseñada para el bien común, centrada en una armonía con la naturaleza tal que permita al mismo tiempo la satisfacción de las reales necesidades colectivas humanas y las de los ciclos naturales. En definitiva, una nueva Ilustración hacia la sostenibilidad que de nuevo lleve la racionalidad a nuestra evolución y olvide el pensamiento mágico en que estamos inmersos.

Es mucho más barato prevenir que atajar pandemias

Fernando Valladares

Por separar la salud de los animales y la de las personas hemos amplificado las pandemias. Por separar la salud biológica de la social hemos generado tristeza. Somos un animal social y estamos sufriendo la desigualdad, la pobreza extrema y la soledad por dar la espalda a nuestra naturaleza social. En una huida hacia adelante, en lugar de frenar y recapitular sobre la insostenibilidad física, biológica y emocional de nuestro sistema nos hemos empeñado en compensar sus deficiencias a base de tecnología y de consumir cada vez más recursos y más energía. Preocupados como estamos por la covid-19 y todas las amenazas que se ciernen sobre nuestra salud es comprensible que se deje de lado la salud de la fauna. Sin embargo, hacerlo es olvidar el principio de que en la biosfera solo hay una única salud global. Y olvidar este principio hará que sigamos enfermando. Como ilustra el [informe de la IUCN](#), las poblaciones de animales salvajes tienen graves y crecientes problemas debido a enfermedades infecciosas acentuadas por acciones humanas. Estos problemas tienen toda una gama de consecuencias significativas, desde impactos en la polinización, el control de plagas, las cadenas alimentarias, la productividad del suelo, así como en los medios de subsistencia de millones de personas, hasta el incremento de zoonosis.

La ciencia nos ha puesto sobre la mesa desde hace décadas un minucioso diagnóstico sobre la insostenibilidad de nuestros actos. Sin embargo, parece que estamos empeñados en no quererlo ver. Al menos si juzgamos por nuestros actos, parece que no estuviera pasando nada, que nuestro día a día no tuviera apenas consecuencias importantes en el planeta. Pero si hablamos de Antropoceno es por algo. Cualquier cosa que hagamos los 7.700 millones de personas que habitamos la Tierra y con la tecnología que tenemos a nuestro alcance tendrá consecuencias importantes. El cambio climático generado por los gases resultantes de nuestras actividades comienza a resultar peligroso, incluso letal, para miles de personas.

El año 2020 acabó llevándose una buena colección de récords climáticos. Ha quedado como el año más cálido desde que tenemos registro instrumental, empatado con el 2016. En el oeste de Estados Unidos, en el californiano Valle de la Muerte se midieron 54,4 grados Celsius, la temperatura más alta medida en la Tierra desde 1931, en el tercer día más caluroso registrado nunca en nuestro planeta. En 2020 se registró la temporada con el mayor número de tormentas tropicales y huracanes, varios de ellos rozando el récord. Incluso en la región mediterránea se registraron *medicanes*, huracanes mediterráneos, un fenómeno inusual. Olas de frío extremos batieron récords también en el comienzo de 2021. La acumulación de materiales humanos ha sobrepasado al peso de toda la biomasa del planeta. [Un reciente estudio](#) ha estimado que justo en 2020 la *antropomasa* compuesta por ladrillos, cemento, asfalto, plásticos y vidrio cruzó, en su crecimiento exponencial, la línea representada por la biomasa, que languidecía año tras año. Quizá este cruce nos haga reflexionar. O al menos cambiarle el nombre a la biosfera por el de antroposfera, ya que no es más la capa de la vida sino la esfera de lo humano. La gran diferencia es que “lo humano” se deja muchas funciones ecológicas sin hacer. Por ejemplo, ni regula el clima ni ataja pandemias. Para eso y para poder respirar y comer, necesitamos ecosistemas sanos, completos y funcionales. Y actualmente nos queda, más o menos, la mitad de los que había hace poco más de un siglo. Sólo queda [un 40% de bosques en buen estado](#) de conservación. Al ritmo actual, los ecosistemas indispensables para nuestra vida que llegarán a finales del siglo XXI ocuparán apenas un 10% de su área original. ¿Realmente alguien puede pensar que serán suficientes para mantener no ya los millones de humanos que podríamos ser sino los que ya somos en la Tierra?

FUTURO ALTERNATIVO

Lejos de ganar competencias en la protección eficaz de la naturaleza, cuanto más rica es la sociedad, mayor es su impacto ambiental. Aunque también es mucho mayor su capacidad para vestir sus proyectos de verde y convencerse de todo lo contrario. De esta doble capacidad de degradar ecosistemas y disfrazar la realidad surgen las muchas paradojas y contradicciones del capitalismo verde y de los esfuerzos neoliberales por liderar acuerdos y convenios para proteger el medio ambiente. Esfuerzos que resultan tan ineficaces como costosos. Es muy importante [atender el análisis científico](#) de esta situación para poder salir de ella.

El mensaje ecologista no acaba de calar en la sociedad. La primavera silenciosa de Rachel Carson ha dejado helados a miles de lectores desde su publicación en 1962, pero, al igual que los conciencizados y extensos informes del Panel Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC) y sus valiosos resúmenes, que llevamos tres décadas leyendo, han generado pocos cambios perceptibles en nuestras acciones. Dicho de otro modo, seguimos con nuestro modelo socioeconómico como si fuera una tabla de salvación, o la tabla a la que hay que salvar por encima de todo, cuando en realidad es el origen último de todos nuestros problemas. Las cosas, no obstante, podrían estar cambiando. Los grandes grupos financieros están viendo que sus negocios están en riesgo y al analizar las causas, Carson o el IPCC cobran un inesperado protagonismo. Los tremendos incendios de la costa Oeste de Estados Unidos o de Australia sufridos en 2020, sumados a los que padeció un año más la región amazónica, no pueden ser cubiertos económicamente por ninguna compañía de seguros. En sus reuniones anuales en Davos, Suiza, el Foro Económico Mundial señala a un medio ambiente inestable, degradado e incierto como la principal amenaza para la economía mundial. Las crisis no son económicas, aunque se manifiesten en la economía. Son ambientales. Las amenazas a nuestra salud, a nuestro bienestar no vienen de una economía volátil o en quiebra, sino, en última instancia, de un medio ambiente degradado.

Sumidos como estamos en una de las mayores pandemias de la historia, deberíamos escuchar a la ciencia cuando nos dice que es mucho más barato prevenir que atajar pandemias. Dado que la causa de las pandemias se encuentra en la degradación de la naturaleza, la alteración de la biodiversidad y en general, de una relación tóxica con el medio natural, la principal prevención no es sanitaria, sino ecológica. Se calcula que los costes globales de prevenir pandemias estarían entre 170.000 millones y 270.000 millones de dólares, mientras que los costes sólo de una pandemia como la covid-19 oscilan entre los 8 y los 16 billones de dólares. Además, los costes de la prevención se reducen a la mitad porque las medidas conllevan beneficios en carbono por la reducción de emisiones y más ventajas que solo harían los números aún más positivos. Las tres medidas claves de prevención [contempladas en un reciente estudio](#) son 1) detener la deforestación en zonas tropicales, 2) limitar el comercio de especies, 3) establecer red de alerta y control temprano de pandemias.

En 2019 se destinaron 2,6 billones de dólares a inversiones que destruyen la biodiversidad y degradan el medioambiente en proyectos de construcción, producción de alimentos o turismo

Lejanos a esta realidad que los grandes grupos financieros tienen muy clara, los cincuenta principales bancos del mundo no cambian todavía la forma de gestionar sus fondos. No acaban de asumir su responsabilidad a la hora de financiar proyectos lesivos para el medio ambiente. Se calcula que en 2019 se destinó una inversión total de 2,6 billones de dólares (casi el doble del producto interior bruto de España, o más de seis veces el de países como Argentina, Taiwán o Suecia) a inversiones que destruyen la biodiversidad, generan fuertes emisiones de gases invernadero y una importante degradación ambiental en proyectos de construcción, producción de alimentos o turismo. Un reciente informe, [Bankrolling Extinction 2021](#), demuestra cómo las entidades financieras contribuyen a la destrucción del planeta a través de sus préstamos y garantías. Al no considerarse responsables de los impactos en la biodiversidad o en el cambio climático causados por sus actividades de préstamo los bancos no han desarrollado mecanismos precisos para conocer el destino final y el impacto de las inversiones que hacen ellos facilitar. Especialmente preocupante es la financiación sin restricciones de proyectos de pesca intensiva, grandes infraestructuras, transporte y turismo.

FUTURO ALTERNATIVO

Pero las cosas podrían estar cambiando. El año pasado, BlackRock, la mayor gestora mundial de activos y fondos y máxima accionista del IBEX 35, vetó a 4.800 directivos de 2.700 compañías al entender que no estaban generando buenos informes sobre su sostenibilidad. “Y cada vez vamos a estar más decididos a votar en contra de los consejos y las juntas directivas que no implementen las acciones correctas al respecto” [decía Larry Fink](#), fundador y propietario de BlackRock.

Hay más síntomas de que las cosas podrían estar cambiando. La industria del petróleo y del gas llegó en Europa a la conclusión de que no les queda otra opción que acomodarse. Aunque esto no quiere decir que ayuden a un cambio rápido, es una buena noticia. Las principales empresas del sector energético se manifiestan claramente a favor del impuesto a las emisiones. Para ellas es preferible tener un horizonte conocido de crecimiento de los precios que unos escenarios cambiantes e inciertos. El principal grupo de presión del sector petrolero estadounidense está estudiando la posibilidad de [aprobar un precio para las emisiones de carbono](#), por primera vez en su historia, ya que busca un punto de apoyo para comprometerse con el enfoque más agresivo de la nueva administración norteamericana para combatir el cambio climático.

Los políticos en general no suelen estar a la altura del desafío. Su vida profesional es efímera y no hacen ningún movimiento que pueda restarles votos, por razonable y necesario que sea. Por tanto, ellos se limitarán a acompañar el cambio que sólo puede venir impulsado por la sociedad y por los grandes grupos económicos. A la sociedad, no obstante, le cuesta cambiar. Pero se va extendiendo la conciencia de lo ineludible del cambio. En general, a nadie nos gusta ver las dimensiones reales del desafío que enfrentamos, pero ya nos vamos quitando la venda. Las grandes empresas y grupos financieros conocen bien la realidad y cuán breve es el recorrido de sus negocios sino cambian las cosas. Tecnología y soluciones alternativas hay. No son perfectas ni completas, pero permiten mejorar mucho la sostenibilidad de nuestra civilización. Las ventajas de ser valientes superan a los riesgos y, en todo caso, cualquier opción es mejor que mantener el actual rumbo de colisión. La duda última es cuando venceremos nuestras últimas dudas de que sólo hay una salud.

Pandemias, libertades y democracias en el Antropoceno

Fernando Prats

Necesitamos grandes dosis de lucidez y determinación para afrontar la excepcionalidad de la encrucijada que vivimos y entender que la tragedia pandémica puede ser considerada como un ensayo excepcional de los tiempos convulsos por venir.

Los científicos vienen insistiendo en que el nuevo tiempo, el Antropoceno, se caracteriza por la previsible concatenación de crisis globales que ya están afectando a las bases vitales, sociales, económicas y políticas vigentes en las últimas décadas. En ese marco, la covid 19 desgraciadamente no será ni el único ni el drama más grave del siglo y el binomio emergencia climática-destrucción ecológica, más allá de su incidencia sobre futuras pandemias, apunta a escenarios de desestabilización de mayor calado.

¿Estamos preparados para afrontar con la necesaria fortaleza personal y colectiva tal panorama? Si consideramos el comportamiento mayoritario de la sociedad madrileña el 4M, la respuesta es desalentadora porque ha prevalecido nuestra incapacidad para asumir responsablemente cambios en comportamientos que ya están acarreado mucho sufrimiento y miles de muertos entre nuestros vecinos y familiares. Ya no cabe decir que las crisis globales son cosa propia de unos cuantos catastrofistas sin fundamento, porque lo que estamos viviendo constituye ya una tragedia humana de enormes dimensiones.

No nos engañemos, más allá de las dramáticas situaciones socioeconómicas por las que están pasando muchas familias y colectivos, las manifestaciones de sociabilidad descontrolada, y el éxito de las llamadas a consagrar la libertad de cada uno como máximo valor para orientar nuestro comportamiento, constituyen una barbaridad triunfante que permite afirmar que la pandemia, como ensayo general ante lo que vamos a tener que afrontar en el futuro, se salda con un sabor amargo vinculado a la debilidad de los valores solidarios en la comunidad.

Afortunadamente, la pandemia también ha permitido visualizar el comportamiento ejemplar de muchísimas personas que han optado por adecuar su vida a las circunstancias, se han comprometido con acciones de mutua ayuda en sus barrios y han sostenido con riesgo para su salud los sistemas vitales de los que dependemos. Ese es el principal argumento de nuestra esperanza.

Sobre la libertad y la democracia en tiempos de emergencia existencial

Decía Santiago Alba Rico en un [artículo reciente](#) que “se trata de escoger –inesperada y terrible disyuntiva– entre democracia y libertad”. Y tiene bastante razón, porque la crisis de civilización en la que estamos sumidos – recordemos que nuestro Parlamento ha aprobado recientemente el Estado de Emergencia Climática– anuncia transformaciones profundas que nos alcanzarán a todos y reclama confluencias que sumen la legitimidad de la democracia representativa, el protagonismo corresponsable de la sociedad y el comportamiento bien informado y convencido de las personas.

En ese marco –en el que ya nos estamos enfrentando, como especie, a gravísimos desbordamientos de los sistemas que sustentan la vida–, entender la libertad como la primacía de “yo hago lo que quiero” constituye un disparate que solo puede conducir, aunque sea inconscientemente, hacia escenarios futuros en los que ciertas opciones personales o grupales solo podrán mantenerse a costa de restringir los

FUTURO ALTERNATIVO

derechos democráticos y de vida digna de amplios sectores de la población. Hoy, en un mundo que ha de reducir drásticamente su huella de carbono en los próximos decenios, el 10% de la población genera el 50% de las emisiones climáticas, las mismas que las que corresponden al resto de los habitantes del planeta.

No generemos falsas expectativas: en un mundo finito, ya desbordado y con rumbo hacia la desestabilización global, necesitamos recuperar relaciones de cooperación y solidaridad tanto en nuestros entornos próximos como a escala planetaria y ello requiere grandes acuerdos con significativas renunciadas a formas de vida que no son extensibles al conjunto de la población si no es mediante el ejercicio de la violencia generalizada.

Nuevos tiempos, nuevos valores y paradigmas

Si queremos defender la vida digna para todas las personas en un planeta habitable, no podemos renunciar a cambiar los paradigmas y valores que, centrados en la acumulación y el consumo ilimitados, moldean nuestras mentes y nos han traído hasta aquí. Greta Thunberg y mareas de jóvenes reclamaban, hasta que la pandemia lo transformó todo, cambios rápidos y profundos para evitar un desastre existencial.

Frente a los que piensan explotar irresponsablemente un “trumpismo nacional” para ampliar su base electoral y su poder, hay que recordar que los acontecimientos del Capitolio en la primera democracia liberal del mundo constituyen una advertencia de las gravísimas consecuencias que acarrea abrazar políticas populistas extremas. Incluso un político demócrata-conservador, como el presidente Biden, ha comprendido la necesidad de dar un giro radical a las políticas sociales y ecológicas para evitar el caos y la extensión del odio en EEUU.

Por nuestra parte, no podemos ignorar o excusar el profundo significado del 4M madrileño y hemos de reconocer que, además de la necesidad de implementar medidas que ofrezcan seguridad existencial a los que hoy se sienten abandonados, hay que afrontar el hecho de que asistimos a una batalla cultural de fondo, a una pugna por los relatos y las visiones de futuro que condicionarán nuestras vidas y las de las próximas generaciones.

Los demócratas hemos de asumir la necesidad de renovar las ideas y proyectos actuales. Inspirados por el espíritu de tantos héroes anónimos en la sanidad, la educación, la logística, etc., debemos reconstruir “sentidos de vida” que, sin obviar los riesgos reales de colapso civilizatorio, traten de evitar los escenarios más dramáticos y generen nuevas formas de vivir más sencillas, justas, solidarias y satisfactorias para todas las personas y más compatibles con los límites vitales de la biosfera.

Porque lo cierto es que imaginar un futuro diferente, más allá de un capitalismo depredador, se ha convertido en el principal reto de la humanidad si queremos tratar de evitar la barbarie.

Una forma de optimismo

Jesús Salgado

Hay razones para estar preocupados por nuestro presente y futuro económico, social y ambiental. Todo invita al pesimismo ante una concentración de poder económico, el crecimiento de las desigualdades, la negligencia de los gobernantes ante el colapso de nuestro planeta que parece inevitable... Sin embargo, hay tendencias e iniciativas que alientan el optimismo. Una de ellas es el resurgimiento y la consolidación del movimiento cooperativista y la economía social y solidaria como palanca de cambio que transforma la economía desde dentro. Hablamos de muchos tipos de organizaciones¹ que tienen en común una característica: persiguen, como objetivo fundamental, la resolución de desafíos económicos, sociales y ambientales de hoy, mediante una actividad productiva que se integra en el mercado con una expresión menos individualista y más comunitaria.

Los emprendedores de la economía social y solidaria tienen un objetivo de impacto social y utilizan la actividad económica como herramienta para conseguirlo. Las aspiraciones de bienestar, libertad, justicia, equidad, sostenibilidad ambiental y social, se traducen en los principios cooperativos tradicionales de ayuda mutua, responsabilidad, democracia, igualdad, equidad y solidaridad.

El optimismo del emprendedor

En España es mejor esconder el entusiasmo. Mostrar ilusión por un proyecto a menudo se asocia con la ingenuidad. Más aún si el proyecto es comunitario. Los amigos escépticos, y por tanto más inteligentes y con los pies en la tierra, están siempre dispuestos a echar un jarro de agua fría sobre nuestros ingenuos planes. Según Bill Sharpe², hay tres arquetipos de comportamiento en una situación de transición como la actual: el gestor, el visionario y el emprendedor, correspondientes con la conciencia de tres horizontes temporales donde enfocamos nuestra visión del mundo. El gestor se enfoca en un horizonte cercano en el tiempo, sabe cómo funciona el mundo y actúa en consecuencia. Pero el mundo tal y como lo conoce desaparece bajo sus pies.

El visionario imagina un horizonte al que deberíamos aspirar. Un mundo donde se dignifica la vida de todos, incluidas las generaciones futuras, una existencia en equilibrio con el medio en que vivimos. Una visión inspiradora pero borrosa y lejana.

El emprendedor es quien conecta los dos horizontes anteriores: participa de la ilusión de construir un mundo mejor, y al tiempo aprovecha los mecanismos del poder en la realidad en la que vive para poder construirlo. El emprendedor es optimista y activo. La transición es el estado natural de los emprendedores. La probabilidad de fracaso es grande, pero el emprendedor, como el Sísifo optimista de Camús, no tienen más remedio que seguir empujando la pesada roca, porque de esa forma su destino les pertenece³.

La emergencia de las cooperativas y la economía social y solidaria

En nuestro país, con gran tradición cooperativista, especialmente en el País Vasco de donde surgieron ejemplos que han sido estudiados en todo el mundo, como la cooperativa Mondragón, muchas cooperativas están apareciendo incluso en sectores estratégicos de nuestra economía. En el sector energético han surgido decenas de cooperativas de consumidores y trabajadores, entre las que destaca Som Energía con más de 70.000 socios y casi 130.000 contratos en toda España. Las Comunidades Energéticas son una figura llamada a tener un papel fundamental en la transición energética. En el sector financiero, además de las decenas cooperativas de crédito como Caja de Ingenieros, con más de 200.000 socios, han aparecido nuevas cooperativas de servicios financieros específicamente dedicadas a proyectos de economía social y solidaria como Coop57 o Fiare, todas ellas con métricas de rentabilidad y solvencia que son la envidia del sector financiero convencional. También el sector de la distribución y el consumo cooperativo tiene tradición en cadenas como Eroski o Consum, con millones de miembros, aunque con poca participación de su base societaria. Más interesante resulta la reciente aparición de los supermercados cooperativos, con una fuerte participación de los socios y con un compromiso con los proveedores locales y ecológicos, como La Osa en Madrid, que ya atraen a miles de consumidores-socios⁴.

Objetivos más amplios, medidas distintas

Las cooperativas no ignoran la importancia de los resultados económicos. Por ello la reinversión de beneficios y menor endeudamiento son políticas financieras habituales en la economía social y solidaria.

Sin embargo, dado que el objetivo no es el mero “crear valor para el accionista”, las medidas de éxito de la empresa no son los resultados financieros, el retorno de la inversión o el beneficio por acción, sino medidas de la consecución de sus objetivos específicos sociales o ambientales. A nivel agregado, haríamos bien en medir el éxito de la economía con medidas más coherentes con los objetivos sociales que el PIB^{5,6}.

Gobierno democrático y participación leal en el mercado

Capitalismo y libre mercado, forman un tándem tan sólido en nuestras cabezas que se han vuelto inseparables como unos gemelos siameses. Sin embargo, no son lo mismo, y es útil separar los conceptos. El movimiento cooperativo ha demostrado que es posible crear y sostener en el tiempo, empresas que tienen una forma de gobierno más democrático, y que actúan con éxito en el mercado con todos sus fallos e inconvenientes. Coexisten el idealismo con el sentido práctico del negocio: saben perfectamente, que estas empresas deben ser competitivas en precio y deben tener los productos de calidad para poder ser económicamente viables. La economía de escala les afecta, igual que a sus competidores, y dadas sus limitaciones de financiación de capital, su supervivencia está muy ligada a los resultados acumulados durante años. Sin embargo, una vez que se consolidan, las cooperativas tienen múltiples ventajas con respecto a sus competidores. Por ejemplo, una menor necesidad de publicidad debido a una mayor lealtad de sus clientes. El mercado favorece así a este tipo de iniciativas una vez consolidadas, porque no dependen de subvenciones o patrocinios, son sostenibles y muy resistentes a cambios políticos más o menos favorables.

Buena influencia

En el entorno empresarial, no se puede despreciar el análisis estratégico que, en definitiva, analiza las relaciones de poder entre la empresa y su entorno. En el caso de las cooperativas, la escala que van adquiriendo algunas iniciativas es una herramienta poderosa para ampliar su impacto social. Las relaciones con la administración y con otros actores (patronal, sindicatos, partidos políticos) son de capital importancia, no solamente porque pueden beneficiar a su propia actividad, sino porque su participación lleva una voz nueva y fresca a estos foros ya algo oxidados en sus posiciones.

La economía social y solidaria tiene numerosos impactos positivos sobre su entorno. Uno de los más interesantes es la concienciación de sus propios competidores. Durante la última década se ha multiplicado por cien el número de compañías con certificado de sostenibilidad de muchos tipos, generando un complejo “Sostenibilidad & Cía.”, dónde consultores y auditores certifican la sostenibilidad de sus clientes. Muchas veces este esfuerzo es auténtico, pero en ocasiones no es más que cosmética para las empresas que se pueden permitir la pantomima⁷. Aun así, esta situación también tiene su ángulo optimista: indica que las grandes corporaciones son conscientes de los cambios que están ocurriendo en clientes, trabajadores e inversores en busca de mayor coherencia con sus valores, aunque lógicamente habrá que seguir denunciando la impostura.

Apoyemos

Según el artículo 129 de la Constitución, el estado debe promover este tipo de entidades. El plan España Puede de Recuperación, Transformación y Resiliencia⁸ debería incluir, por tanto, de forma prioritaria a las entidades de la economía social y solidaria, cuya resiliencia y capacidad de transformación social está demostrada.

El movimiento cooperativista y de la economía social y solidaria es aún minoritario, y tampoco deberíamos idealizarlo como la solución global a nuestros problemas. También debemos reconocer los problemas que se presentan en su desarrollo, como en cualquier organización humana.

Pero es un movimiento al que deberíamos prestar más atención, y proteger. La economía social y solidaria una forma tangible y optimista de acercarnos y construir la sociedad y la economía a la que aspiramos.

¹ Cooperativas de trabajo y de consumidores, empresas sociales, de inserción laboral y también algunas asociaciones y fundaciones entre otras.

² Three Horizons: The Patterning of Hope, Bill Sharpe, 2013.

³ El mito de Sísifo, Albert Camus, Alianza editorial

⁴ Para conocer con más profundidad el sector ESS en la actualidad, recomiendo leer el magnífico informe de la Fundación Daniel y Nina Carasso [“economía social y solidaria”](#). Octubre 2020.

⁵ Christian Felber, Economía del Bien Común. Ed. Deusto.

⁶ [Medir más allá del PIB](#) Juan A. Gimeno

⁷ Kenneth P. Pucker, [“Overselling Sustainability Reporting”](#), Harvard Business Review, Mayo-Junio 2021.

⁸ [España Puede. Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia](#).

La “recuperación” europea en tiempos de emergencia

Fernando Prats

El Club de Roma y el Instituto Tecnológico de Massachusetts advirtieron en 1972 de que, salvo transformaciones profundas y rápidas de las lógicas socioeconómicas, el desbordamiento de los sistemas vitales del planeta conduciría a un colapso civilizatorio irreversible. La advertencia del informe *Los límites del crecimiento* fue entonces ignorada, se perdió un tiempo precioso y los procesos desestabilizadores se proyectan ya con fuerza creciente sobre nuestras vidas.

Afrontamos un nuevo ciclo histórico, el Antropoceno, en el que la concatenación de crisis globales interrelacionadas afecta a las bases vitales, sociales, económicas y políticas vigentes en las últimas décadas. La covid-19 constituye un *shock* sanitario extraordinario (dos millones de fallecidos en todo el mundo al inicio de 2021, según la OMS), pero, desgraciadamente, no es ni será la única crisis del siglo. La emergencia climática y la destrucción medioambiental apuntan a escenarios de desestabilización general aún más dramáticos.

La Europa neoliberal apuesta por su Green New Deal

En este marco, los planes de Recuperación, Transformación y Resiliencia promovidos por la Unión Europea reflejan la apuesta impulsada por el liderazgo liberal/conservador de Von der Leyen, Merkel y Macron y han conseguido unir al conjunto de los países europeos para abrir un nuevo ciclo europeo en torno a tres ideas centrales:

1. Asumir que, efectivamente, es necesario afrontar la emergencia provocada por la crisis ecosocial y que ello reclama introducir ciertos cambios en las lógicas socioeconómicas vigentes con el fin de alcanzar la descarbonización y rehabilitar los principales sistemas naturales antes de mediados de siglo.
2. Considerar que ello constituye una oportunidad para superar el estancamiento secular que arrastra la economía del primer mundo y ofrecer al capital y las empresas europeas los recursos y las orientaciones precisas para abrir un nuevo ciclo expansivo en torno a la sostenibilidad y la modernización digital.
3. Atajar, mediante un *shock* inversor millonario, [el peligro de que el aumento de las desigualdades impulsadas por las recetas neoliberales en los últimos decenios](#) acabe provocando el estallido de una profunda crisis social y política, como la manifestada en el Capitolio estadounidense en enero de este mismo año.

La Agenda Verde Europea proyecta una hoja de ruta inicial basado en medio centenar de actuaciones clave que se articulan en torno a 10 ejes: 1) ambición climática; 2) energía limpia, asequible y segura; 3) industria en una economía limpia y circular; 4) movilidad sostenible e inteligente; 5) ecologización de la agricultura; 6) preservación de la biodiversidad; 7) erradicación de sustancias tóxicas; 8) integración de la sostenibilidad en todas las políticas; 9) liderazgo mundial; y 10) Pacto Europeo por el clima.

Parece que Europa quiere evitar reproducir la radicalidad neoliberal de la crisis anterior, se reafirma “en verde” y se vuelve keynesiana. Congela el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, aunque solo por un periodo de tiempo indefinido, y llama a combatir la pandemia y sus secuelas socioeconómicas mediante una

FUTURO ALTERNATIVO

inyección de unos 3,75 billones de euros para los próximos seis/siete años (sumando el programa Next Generation UE, el presupuesto plurianual de la Comisión y la acción de cobertura financiera del BCE).

Se trata de una propuesta integral, articulada en torno al “crecimiento sostenible”, que ha conseguido conectar con diversas aspiraciones de muchos actores europeos: más recursos inmediatos para los gobiernos, expansión económica para el capital y las empresas, impulso al empleo para los sindicatos, promesas de más justicia social y de género para la ciudadanía y formulación de ambiciosos objetivos de sostenibilidad para las organizaciones ecologistas.

Y, sin embargo, resulta imprescindible indagar sobre sus contradicciones, detectar las dificultades que existen para que las promesas se conviertan en realidad e, incluso, poner en cuestión alguna de sus postulados básicos.

¿Qué contradicciones suscita una agenda diseñada a escala de las grandes empresas? ¿Cómo se gestionará la deuda europea en un marco global con tendencia a adquirir dimensiones desconocidas hasta ahora? ¿Será realmente posible revertir tendencias de fondo y avanzar hacia escenarios más justos y democráticos? ¿Será factible recuperar, transformar y adaptar las dinámicas socioeconómicas al nivel necesario en tan corto espacio de tiempo? ¿Y si hubiera que cuestionar el paradigma del crecimiento ilimitado y apostar por una rápida adaptación a los límites biofísicos de un planeta finito y desbordado?

Son cuestiones inquietantes ante una encrucijada diabólica. No se trata solo de diseñar una recuperación que atienda las necesidades sanitarias para defender la vida y, a la vez, contemple el retorno de la actividad y el empleo lo antes posible con el fin de no desbordar los márgenes de un escudo social y del endeudamiento que lo sostiene. La puesta en marcha a tiempo de una recuperación adecuadamente diseñada es también una condición necesaria para [preservar la convivencia social y la democracia ante el avance de populismos autoritarios](#) en amplios sectores de población que, despojada de sus vínculos comunitarios, se sienten crecientemente desconcertados, desprotegidos y desconfiados ante las promesas incumplidas y las falsas verdades de unas élites políticas y económicas cada día más alejadas de la realidad de sus vidas.

Para ilustrar la dificultad de transitar rápidamente de una situación de extralimitación a otra realmente sostenible basta recordar las conclusiones del conocido informe [A good life for all within planetary boundaries \(2018\)](#) de la Universidad de Leeds, en el que, tras analizar la situación de 151 países, se concluye que ninguno de ellos consigue compatibilizar los estándares de vida deseables y los equilibrios biofísicos clave para preservar esa vida. Son precisamente los países con economías más pujantes, como Europa, los que reflejan una mayor dificultad estructural a la hora de tratar de compatibilizar ambos factores, desvelando que su superación no parece ni fácil ni rápida, sin reconsiderar los propios paradigmas que nos han traído hasta aquí.

¿Realmente cabe esperar, por ejemplo, que sea posible alcanzar sociedades neutras en carbono manteniendo las formas de producir, consumir y vivir anteriores a la pandemia, confiando en que los avances tecnocientíficos, por otra parte imprescindibles, conseguirán hacerlas compatibles por sí mismos en los tiempos necesarios? Como mero botón de muestra de lo arriesgado de este tipo de hipótesis, cabe recordar que, con relación a un tema central como la captación de carbono emitido a la atmósfera, el Comité Científico de las Academias Europeas ya advertía en 2018, por boca de su presidente T. Courvoisier, que “estas tecnologías ofrecen solo una limitada posibilidad realista de retirar dióxido de carbono de la atmósfera”, advirtiendo que, además, ello implicaría “altos costes económicos y, probablemente, importantes impactos sobre los ecosistemas terrestres y marinos”.

¿Qué contradicciones suscita una Agenda concebida a medida de las grandes corporaciones?

Tras la complejísima negociación de la dirigencia europea para cerrar los acuerdos entre Estados, existen al menos dos razones por las que la Comisión Europea ha optado por una agenda concebida en torno a grandes corporaciones con buenas vinculaciones con los principales agentes financieros. Por un lado, la convicción de que esta es una oportunidad excepcional para crear un marco legal y financiero que permita superar la baja rentabilidad del capital en Europa y abrir un nuevo ciclo de expansión y proyección internacional basado en la innovación en torno al binomio sostenibilidad/digitalización. Por otro lado, el convencimiento de que la dimensión, complejidad y carácter innovador de los cambios a desplegar en tan corto espacio de tiempo constituyen un desafío que solo puede ser abordado con una estrecha alianza entre las instituciones europeas y nacionales y las grandes empresas, a las que se arroga cualidades tales como potencia, capacidad y experiencia para culminar con éxito las mencionadas transformaciones.

Sin duda que el tema tiene enjundia y una apuesta tan sesgada también invita a apuntar dos consideraciones de alcance.

En primer lugar, una interpretación lúcida de los desafíos que afrontamos requiere reconsiderar el sentido de las lógicas de crecimiento y globalización indiscriminada que nos han traído hasta aquí y apostar por la recuperación de redes de cooperación territorial en las que la economía local/regional, los circuitos circulares y de proximidad y los servicios comunitarios, serán fundamentales para alcanzar una nueva compatibilidad entre la acción humana y la naturaleza.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que, si bien muchas grandes empresas productivas y financieras han comprendido que su propia supervivencia pasa por cambiar la orientación de sus modelos de negocios y se están volcando en ocupar/controlar los nuevos espacios socioeconómicos, su comportamiento también está condicionado por una serie de intereses y realidades fácticas que han de tenerse en cuenta:

1. Como resulta inevitable, la mayor parte de las carteras de negocio y la distribución de beneficios de los grandes conglomerados empresariales siguen vinculadas a prácticas insostenibles relacionadas con los combustibles fósiles, las grandes actuaciones infraestructurales y extractivas etc. que hoy se consideran como auténticas agresiones a ecosistemas fundamentales para la vida. Un caso paradigmático, pero muy común en el campo energético, puede encontrarse en el nuevo plan estratégico de Repsol (uno de los referentes del oligopolio energético español): más allá de [invertir el 42% de sus inversiones \(18.000 millones de euros entre 2021/25\) en diversas líneas de descarbonización](#), seguirá teniendo el petróleo como clave en su matriz productiva y generará cinco veces más de caja libre que en el periodo 2016-2020, garantizando así a sus accionistas unos dividendos de 5.000 millones de euros
2. Tampoco puede obviarse que las reglas que siguen rigiendo los mercados financieros en los que operan estas macroempresas y la constante expansión y búsqueda de nuevos sectores de negocio que les permita valorizar continuamente su capital siguen promoviendo la privatización, mercantilización y especulación de recursos vitales para la vida en la Tierra.
3. En los últimos decenios se han tejido densas redes de acuerdos y tratados internacionales poco transparentes que garantizan una protección excepcional a los grandes inversores privados y que, sorteando las leyes y sistemas judiciales nacionales, suponen auténticos muros de contención a la hora de posibilitar la renovación de sectores clave de la economía. Este es el caso, entre otros varios, del *Tratado sobre la Carta de la Energía (TCE)* de 1994 que podría blindar la emisión de más de un tercio del presupuesto global de carbono hasta 2050, dificultando así una reducción equitativa en la necesaria retirada de la circulación de los combustibles fósiles.
4. Inevitablemente, el cruce de intereses tan contradictorios va a condicionar la capacidad de cooperación con las grandes empresas a la hora de asumir su papel como socios preferentes en el desarrollo de la

FUTURO ALTERNATIVO

Agenda Verde Europea. A modo de mero ejemplo, baste recordar cómo la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE) anticipaba al gobierno, en noviembre de 2020, su propia [propuesta de decreto-ley para agilizar la gestión de los fondos europeos](#), recortando temporalmente la legislación vigente en materia de contratación pública y subvenciones, incluida la evaluación ambiental de los proyectos estratégicos.

Por todo ello, hay que ser conscientes de que la gobernanza de la Agenda Verde va a estar plagada de dificultades que puede que condicionen los objetivos clave o los ritmos de transformación que son imprescindibles para evitar que los procesos de desestabilización ecosocial se precipiten de forma indeseable. Baste recordar el escandaloso comportamiento de las grandes farmacéuticas y las “clausulas secretas” aceptadas por la Unión Europea en torno a las vacunas de la covid-19.

De hecho, la pugna entre la Comisión (los Estados), el Parlamento (los elegidos) y los *lobbys* (principalmente empresariales) es constante. Así ha pasado con el acuerdo final sobre la revisión de los objetivos de descarbonización a 2030, donde finalmente se ha pactado la referencia de una reducción del 55% de la emisión de gases de efecto invernadero sobre 1990, cinco puntos menos que la propuesta del Parlamento. Y eso es también lo que reflejan las recientes disputas en torno a la taxonomía (clasificación de actividades) impulsada por la Comisión Europea para definir, de cara a las inversiones privadas, qué es y qué no es sostenible, en función de los umbrales de emisiones de carbono imputables a cada actividad.

¿Será realmente posible revertir tendencias de fondo y avanzar hacia escenarios más justos y democráticos?

A finales del 2020, en el Parlamento Europeo se reivindicaba que la recuperación económica promovida por la Agenda Verde habría de contemplar también la necesidad de avanzar hacia la construcción de una Europa social sostenible para garantizar los niveles más elevados de justicia social, el aumento del bienestar, el progreso social, la seguridad, la prosperidad, la igualdad y la inclusión, sin dejar a nadie atrás.

Sin embargo, más allá de los problemas estructurales de origen de la Unión, no puede obviarse que, con la implantación de las políticas neoliberales en los ochenta, la renuncia al establecimiento de un Pilar Social Europeo y la preeminencia otorgada a la estabilidad monetaria y la financiarización de la economía, se ha quebrado el ideal europeo de avanzar hacia una sociedad cada día más justa e integrada.

En los últimos tiempos, se ha producido un aumento significativo de las diferencias sociales y la divergencia entre territorios y, pese a las conquistas feministas, tampoco se ha conseguido alcanzar la igualdad de género en múltiples planos, entre ellos en el reparto más equitativo de los cuidados (el 70% de las horas trabajadas sigue recayendo sobre mujeres).

Las distorsiones sociales han aumentado durante la Gran Recesión (2008-2015) y en la mayoría de los países han aumentado las personas en riesgo de exclusión social y pobreza, los beneficios patrimoniales han ganado peso frente a los salarios y, según el *Global Wealth Databook* de Credit Suisse, el 10% de la población europea acumulaba en 2018 el 70% de la riqueza.

Como muestra de lo que está pasando en el plano humano, basta referirse a la situación que atraviesan los pensionistas de un país como Alemania, en donde la población mayor de 65 años en riesgo de pobreza ha crecido durante los últimos 15 años en más de un 11% y suma ya 2,7 millones de personas. La población de mayor edad, junto a la juventud, la inmigración y las personas vinculadas a los sectores y territorios más afectados por unas transformaciones tecnológicas que aumentarán las desigualdades, serán las más perjudicadas durante los próximos años.

Se trata de las secuelas de un capitalismo deshumanizado con mando en la Europa neoliberal y por eso “la transición justa que no deje nadie atrás” constituye una de las promesas más importantes de la Agenda

FUTURO ALTERNATIVO

Verde y, a la vez, que más incredulidad suscita. El propio Parlamento Europeo, junto a la aprobación de los Mecanismos de Transición Justa (100.000 millones de euros procedentes de diferentes programas europeos), entiende que se trata de tendencias de fondo que han de ser abordadas por la próxima Cumbre Social de Oporto y la futura *Agenda sobre una Europa social fuerte para unas transiciones justas*.

En todo caso, ante el aumento de la deuda pública, la presión por volver a la ortodoxia presupuestaria, entendida como reducción del gasto social, no ha desaparecido. De hecho, ya hay quien reclama el retorno al Pacto de Estabilidad y habrá que ver cómo operan las recomendaciones europeas a los planes de recuperación de los países y la correspondiente condicionalidad de sus sucesivas aprobaciones. Así, la Comisión Europea está pidiendo a España, que por ahora se resiste, un fuerte compromiso en temas tales como la reforma laboral o el sistema de pensiones.

Las dudas, más allá de las buenas intenciones, están ahí: ¿qué pasará si, una vez financiada la reactivación de grandes empresas tecnologizadas, se amplían las desigualdades y sectores significativos de la sociedad quedan descolgados? Ante la encrucijada, ¿cambio real de tendencias pasadas y, para evitar males mayores, avanzar hacia escenarios más justos y democráticos o vuelta a la “austeridad” con más desigualdad, divergencia y crisis sociopolíticas?

Fiscalidad sin complejos

Juan A. Gimeno

Empiezan a ser recurrentes y significativas las filtraciones de posibles medidas fiscales del Gobierno español, que se convierten en “erratas” en cuanto las redes y los medios de comunicación recogen quejas aparentemente generalizadas contra ellas. ¡Qué contraste con el gobierno Biden, que presenta sus propuestas sin complejo alguno y con aplauso mayoritario!

En el ámbito fiscal, como en cualquier otro de la política, lo primero y fundamental es tener claros los objetivos, hacia dónde se quiere caminar. En el caso español, creo que no debería haber mucha discusión.

Acortar la brecha fiscal

En primer lugar, hay que acortar la brecha estructural entre gastos e ingresos. La primera legislatura del presidente Zapatero presentó un inusual superávit presupuestario. Pero desde la crisis de 2008, el déficit se ha convertido en crónico y se ha disparado con motivo de la crisis del covid. Las previsiones para estos próximos años no parecen contar con su reducción sustancial si no se toman medidas correctoras. Más todavía cuando en los planes de recuperación se incluyen reformas que implicarán, previsiblemente, un incremento en gastos estructurales.

En paralelo, lógicamente, la deuda no ha dejado de crecer, sin que sirva de consuelo que nos superen algunos socios comunitarios. Las ayudas europeas van a suponer un incremento de ese nivel de endeudamiento, tanto por la parte que llegue como préstamo, como por la carga compartida que representarán el resto de los fondos.

Los bajos tipos de interés están suponiendo un cierto alivio en la carga de esa deuda. Pero esa ventaja tenderá a cambiar. En todo caso, absorbe un porcentaje creciente de nuestros gastos públicos. El pago de deuda e intereses se convierte en la principal partida de gasto, con lo que el margen que nos queda para el resto de los programas sociales, pensiones, seguridad, carreteras, etc. es obviamente menor.

Para acortar ese desfase entre gastos e ingresos la opción pasada fue, como es sabido, recortar gastos. La llamada política de austeridad se ha demostrado funesta. No hemos solucionado el déficit estructural y la pandemia ha evidenciado las carencias heredadas de esas políticas de recortes. Recuperar el terreno perdido va a exigir inversiones cuantiosas para revertir esos recortes y cubrir las múltiples lagunas pendientes en I+D+i, en la España vaciada, en las transiciones energética y tecnológica...

La conclusión es evidente: necesitamos incrementar la capacidad recaudatoria de nuestro sistema tributario. Este es el primer mensaje que debe enviar, inequívocamente y sin complejos, cualquier gobierno serio. La alternativa es reducir servicios públicos para poder hacer frente con recursos escasos a una carga creciente de deuda y a su necesaria reducción en el medio plazo.

Ninguna evidencia histórica o comparada sostiene la afirmación de que bajando impuestos aumenta la recaudación. Presuntos ejemplos como los que se aducen desde la Comunidad de Madrid son

manifiestamente engañosos. Este caso se explica por una mezcla de situación de privilegio y de competencia desleal que merecerían un análisis específico.

Las experiencias norteamericanas han mostrado que las rebajas impositivas han favorecido a los más ricos, no han generado empleo y han llevado a enormes déficits fiscales. Por mucho que se repitan mentiras no se convierten en verdad cuando los datos son tozudos en dirección contraria.

Eliminar privilegios fiscales

Todos los análisis de nuestro actual sistema tributario muestran que está lejos de cumplir los principios de igualdad y progresividad que exige el artículo 31.1 de la Constitución española. La carga impositiva recae fundamentalmente sobre las rentas de trabajo y sobre las clases medias, con tratos de privilegio injustificados que suponen un enorme coste recaudatorio.

Por ello, lo repetimos desde las plataformas por la justicia fiscal, la solución no es subir los impuestos de quienes ya soportan una carga homologable con la de los países de nuestro entorno. El camino está en reducir los privilegios existentes y hacer que todos paguemos realmente de acuerdo con nuestra capacidad económica, como exige el artículo constitucional citado.

A estas alturas todos sabemos que hay margen para incrementar nuestros recursos, que la media europea de presión fiscal está en torno a siete puntos porcentuales del PIB por encima de la española. Si queremos un nivel de derechos equiparable a los de esos países, tenemos que reducir esa diferencia.

La lucha contra el fraude y la evasión, el adecuado tratamiento de la imposición sobre las grandes sociedades (nacional e internacional, de nuevo Biden como ejemplo), la equiparación del trato fiscal de las rentas y patrimonios financieros frente a otras fuentes de ingresos u otro tipo de bienes, un mínimo de tributación para las herencias elevadas, el gravamen de transacciones financieras... son ejemplos del amplio margen que existe para incrementar recaudación sin tocar a trabajadores ni clases medias. La mayoría de las reformas que se proponen afectan tan solo al 5% (o menos) de la población, a aquellos que, con una gran capacidad económica, están tributando muy por debajo de lo que se espera de un sistema tributario progresivo. Y están siendo defendidas con curiosa unanimidad por instancias internacionales nada sospechosas de izquierdismo.

La propaganda liberal suele argumentar que la presión normativa española es perfectamente comparable con la europea. Los tipos impositivos aplicados, se dice, son semejantes. Este argumento refuerza la idea de que la presión soportada por la mayoría de la población puede considerarse suficiente. Pero oculta el análisis de la carga final efectiva de impuestos.

El sistema tributario español padece una maraña de beneficios fiscales al servicio de los lobbies más influyentes, que alteran la carga real de los impuestos y tiene una incidencia notablemente regresiva. Quienes tienen medios para usar y abusar de la ingeniería fiscal son quienes consiguen reducir sus cargas impositivas sin consecuencia alguna sobre el bienestar general. Es significativo que las grandes empresas soporten una carga tributaria notoriamente inferior a la de las pequeñas y medianas.

Es necesaria una reducción de la gran mayoría de esos beneficios fiscales que suponen una sangría muy importante a la recaudación de ingresos públicos, que tienen en su mayoría una escasa justificación social (en términos de eficacia real, más allá de presuntas buenas intenciones) y un impacto especialmente favorable para los hogares con más renta. Además, complican enormemente la gestión de los tributos, con molestias para la mayoría de los contribuyentes y distracción de los sistemas de inspección, absorbidos por el control de miles de pequeñas partidas en vez de centrarse en las grandes bolsas de defraudación.

Así lo señaló un estudio de la AIREF (Autoridad Independiente de Responsabilidad Fiscal) que analizó una parte, solo una parte, de esos beneficios fiscales y apuntó líneas de reflexión absolutamente necesarias.

FUTURO ALTERNATIVO

Entre otros, los referidos a la tributación conjunta que, curiosamente, benefician (según sus estimaciones) el doble a las rentas altas que a las bajas. Es absolutamente normal que se citara su posible revisión en un informe en el que se informa a Bruselas de las líneas futuras de ajustes fiscales.

Pues bien: se filtra (convendría saber por qué concretos intereses) en medios de comunicación, se desatan los comentarios en las redes... y el Gobierno rectifica alegando que se trata de una errata. Un error que se suma a otros tantos.

No más complejos fiscales

Es un error que la información aparezca como filtración, en vez de responder a una presentación formal y global por parte del Gobierno. Las filtraciones son siempre parciales y sesgadas. Lo que se espera de un gobierno es que las haga innecesarias porque informa previamente de lo que se pretende y de las razones que le asisten. Tenemos un muy serio informe técnico que aconseja reflexionar sobre este y otros aspectos y lo vamos a hacer. ¿Es para avergonzarse? Más lo sería decir que se desprecia ese estudio y se mira para otro lado.

Y es un error igualmente reaccionar cobardemente, alegar una supuesta errata y borrar la alusión. Asustarse y achicarse ante la prensa hostil significa renunciar a cualquier reforma sensata de la tributación. El sesgo mayoritario de nuestros medios de comunicación es evidentemente contrario a cualquier intento de imposición sobre las grandes rentas o fortunas. Y asustarse ante las redes es estar a merced de muy pocas personas activas que son capaces de incendiarlas con enorme facilidad.

Lo que necesitamos es que el Gobierno pierda el miedo, tenga claras las ideas y los objetivos y lidere a la opinión pública. Un gobierno que plantee hacia dónde queremos ir y por qué es imprescindible hacerlo en esa dirección. Arrugarse ante el ruido es rendirse en la batalla ideológica que las fuerzas conservadoras y neoliberales tan eficazmente libran desde hace años en contra de la imposición a los ricos y de la acción pública en favor de los más necesitados.

Tenemos nombrada una comisión de expertos de indiscutible prestigio y categoría profesional que ayudarán a orientar las medidas concretas. Confiemos en que tanto la comisión como el Gobierno sean valientes y capaces de proponer y explicar las medidas que son necesarias.

Confiemos en que las propuestas empiecen a aplicarse con celeridad. Buena parte de ellas afectarán marginalmente a personas que no van a reducir ni su consumo ni sus inversiones productivas (todo lo más, algunas especulativas). Es decir, que no supondrán ningún freno a la recuperación sino todo lo contrario: trasvasaríamos recursos de fines asociales e improductivos a gastos de interés general y a incentivos de recuperación.

El liderazgo implica ir por delante de la opinión pública, mostrando caminos de futuro, informando y convenciendo. Desgraciadamente, parece confundirse con un seguimiento acomplejado de lo que dicen las encuestas. Que es tanto como seguir cobardemente a una opinión pública mediatizada por la propaganda de los lobbies ligados a los contribuyentes privilegiados.

Un nuevo “marketing” político

Adela Cortina

En las últimas [elecciones de la Comunidad de Madrid](#) se ha producido un [trasvase de votos entre los partidos](#) que invita a reflexionar una vez más sobre el tipo de compromisos que liga a la ciudadanía con ellos. En principio, una persona puede afiliarse a un partido, pasando a formar parte de su entramado, o simplemente votarle en los comicios. Aunque la primera opción es más exigente que la segunda, ninguna de las dos es irreversible, afortunadamente, porque en una sociedad democrática no tienen sentido las adhesiones inquebrantables, propias de los Estados autoritarios. El mundo liberal-social, del que España forma parte, aprecia sobre todo los vínculos que se pueden contraer libremente y también libremente se pueden disolver, y es legítimo cambiar de partido, como lo es votar a uno u otro atendiendo a distintas consideraciones. Lo propio de una ciudadanía madura es optar por un partido cuando le atraen sus valores y su programa, y [cambiar cuando las actuaciones no responden a las promesas](#) y cabría pensar que otros pueden hacerlo mejor.

En este sentido conviene distinguir entre dos tipos de compromiso con un partido o con una comunidad política: el primario y el derivado. El compromiso primario se contrae directamente con el partido o con la comunidad por la simple razón de que *son los míos*, los de toda la vida, hagan lo que hagan. En el caso de la comunidad, es el compromiso del patriota visceral; en el caso del partido, se traduce en una fidelidad ciega, que viene de antiguo. Esta forma de compromiso tiene la ventaja de ahorrar energías a la hora de tener que elegir, porque reduce la complejidad del mundo político y simplifica las opciones al dejarlas en una sola. El infierno siempre son los otros. Pero tiene el nefasto inconveniente de cultivar una actitud acrítica con las malas actuaciones, de arrojar por la borda algo tan indispensable para progresar como es la autocrítica,

El compromiso derivado, por su parte, es el que contrae un ciudadano con una comunidad política o con un partido porque le parecen instrumentos eficaces para plasmar en la vida corriente los valores y principios que realmente aprecia, o lo que cree que beneficia a sus intereses. Pero en ningún caso considera que su identidad política o partidaria forme parte de su identidad moral.

Obviamente, para que la democracia funcione importa cultivar el aprecio por los valores que le dan sentido, como son libertad, igualdad, solidaridad, veracidad, justicia, respeto activo y diálogo, la defensa de derechos humanos y, desde 2015, [los Objetivos de Desarrollo Sostenible](#). Pero también es necesario cultivar el compromiso derivado con partidos que puedan llevar esos valores a la vida diaria con más eficacia, junto con la sociedad civil. Y precisamente en este punto entra en juego la competición entre los partidos por el voto del pueblo para intentar convencer a los electores de que su propuesta es la más adecuada, una competición que debería someterse a las reglas de un nuevo *marketing* político, radicalmente distinto del que venimos sufriendo y que ha ido degenerando en una guerra sin cuartel. El nuevo *marketing* se ajustaría a [las normas del marketing comercial](#).

En su célebre libro de 1942 *Capitalismo, socialismo y democracia*, Josef A. Schumpeter proponía entre otras cosas lo que él llamó “otra teoría de la democracia” para diferenciarla de la teoría clásica. La “otra teoría” sería menos atractiva, pero más realista, porque permitiría describir lo que realmente ocurre en las sociedades democráticas. En ellas no gobierna directamente el pueblo, sino los grupos que han ganado una competición por los votos de la ciudadanía. Esto tiene sus ventajas porque los ciudadanos pueden

FUTURO ALTERNATIVO

castigarles si no cumplen sus promesas, retirándoles el apoyo en las siguientes elecciones, pero además permite interpretar la vida política como un cierto trasunto de la económica. Al fin y a la postre, los grupos que compiten por el poder se comportan [como los empresarios que intentan vender sus productos](#) y, por la cuenta que les tiene, ya se cuidan de descubrir los deseos de los potenciales consumidores y de satisfacerlos. Las élites políticas también se esforzarán por descubrir los intereses de los grupos sociales, y aun por crearlos, de forma que puedan salir a la luz. Como sabemos, toda una economía de la vida política se ha ido construyendo desde esta perspectiva.

Sin embargo, yendo más allá de Schumpeter, es preciso poner sobre el tapete una condición, presente en el mundo económico y totalmente ausente en las campañas electorales: en las empresas está prohibido intentar vender el propio producto desacreditando las ofertas de los competidores. El *marketing* comercial y el social deben informar a los potenciales consumidores sobre la propia oferta, sobre los beneficios que puede aportar el propio producto, para lo cual es necesario intentar conocer los deseos e intereses de las gentes y en ocasiones anticiparse a ellos, segmentando la población. Pero las reglas del juego prohíben terminantemente [atraer a la clientela denostando los productos de los competidores](#), haciendo publicidad de sus defectos, reales o inventados, para quedar como la mejor opción sin necesidad de sacar las propias cartas.

Y, lo que aún es más interesante si cabe, también las reglas de juego exigen que la información comercial sea *veraz*. Se presentará de forma más o menos atractiva, según el saber hacer del departamento de *marketing*, pero nunca debe engañar. El engaño, si sale a la luz, puede traer malas consecuencias legales, pero sobre todo la pérdida de reputación, que es letal para la empresa. A no ser que se creen monopolios, contrarios también a las leyes del mercado.

Deberían aplicarse esas normas a las competiciones electorales. Las campañas ocuparían entonces un tiempo sensato, no 365 días al año, que es lo que sufrimos ahora, sabríamos qué ofrece cada partido para resolver los problemas cotidianos y podríamos pedir cuentas. Se desvanecerían esos conflictos puramente ideológicos que no son sino cortinas de humo, y perderían protagonismo los personajes histriónicos, tan atractivos para los medios de comunicación en estos tiempos en que se recrudece algo tan ancestral como la “economía de la atención” para obtener rentabilidad. [Donald Trump fue un maestro en este arte](#), pero, por desgracia, también por estos pagos abundan clones similares.

Y no se diga que mentir en las campañas es libertad de expresión. Es engañar, y el engaño, prohibido en el mundo comercial, debe prohibirse en el político, con más radicalidad si cabe.

La democracia representativa no tiene por qué ser una fuente de noticias grotescas, sino el mejor modo de organización política para resolver los verdaderos problemas de la ciudadanía. En estos momentos, la gestión de la pandemia, el desempleo, [la reactivación de la economía](#), la erradicación de la pobreza y la reducción de desigualdades, la liberalización de las patentes de las vacunas, la organización de la atención a los inmigrantes, el cambio climático, la solución al problema del sinhogarismo, el buen uso de los fondos europeos, el fortalecimiento de Europa y de Iberoamérica como voces autorizadas en el contexto geopolítico para construir al menos un mundo multilateral y, a poder ser, una sociedad cosmopolita. Situarse en la confluencia de un socialismo liberal y de un liberalismo social es un buen modo de responder a estos problemas.

¿Fracaso del neoliberalismo?

Julio Gambina

En variadas ocasiones escucho decir, o leo, que el “neoliberalismo” ha fracasado, y creo entender lo que se pretende transmitir, especialmente cuando el que emite la opinión orienta sus conclusiones a la denuncia del impacto socio económico regresivo. Pero, inmediatamente me surge la necesidad de explicar que las políticas económicas hegemónicas, llamadas neoliberales (no son nuevas ni liberales), no se proponen un objetivo de progresividad económica en la sociedad, sino exacerbar el objetivo de la ganancia. De hecho, se puede discutir si alguna vez la progresividad fue el objetivo de las políticas públicas del orden capitalista, cuando solo producto de las luchas de los sectores subalternos se le arrancaron temporalmente ingresos al capital.

Con las políticas keynesianas, entre 1930 y 1980, la “progresividad” está asociada a la máxima acumulación de poder popular en el ámbito mundial, Revolución Rusa mediante y bipolaridad sistémica desde 1945 entre el socialismo y el capitalismo (se piense lo que se piense sobre lo que aconteció en la URSS hasta su debacle en 1991), lo que contrarrestó la ofensiva del capital. Se trata de un momento a la defensiva de la iniciativa política del capital, cuyo punto más elevado y último, para lanzar la contraofensiva, es la derrota estadounidense en Vietnam entre 1973 y 1975, fecha coincidente con la experiencia monetarista liberalizadora del terrorismo de Estado en Sudamérica, origen de la ofensiva capitalista en ascenso hasta la situación actual.

Nunca ha sido la “progresividad” el objetivo de la política económica en el orden capitalista. El objetivo histórico apunta a la producción de valor y plusvalor, de ganancia y acumulación, de valorización del capital invertido para una acumulación ampliada que asegure la dominación del capital sobre la sociedad en su conjunto.

Claro que el capitalismo es una relación social sustentada en la explotación de la fuerza de trabajo y en el saqueo de la naturaleza, por lo que demanda consenso social para sus propósitos. Ese consenso le resulta negado y contrarrestado con formas de organización social que luchan por el logro de mejores condiciones de vida, sea en la lucha sindical, ambiental o contra el patriarcalismo. Esas y otras formas de confrontación con el “orden” del régimen del capital restan “poder” al objetivo de la ganancia, la acumulación y la dominación. Solo bajo esas condiciones de resistencia social es que las políticas de los Estados capitalistas promueven concesiones de contenido progresivo.

Dicho de otro modo, la política pública en el capitalismo pretende resolver la demanda esencial del orden social, con consenso extendido en que el capitalismo es el único modo de resolver la satisfacción de necesidades hasta dónde ello es posible. Por lo que el ascenso de la protesta social organizada contribuye a la preeminencia de políticas de distribución del ingreso, y en ciertas condiciones de acumulación de fuerzas de poder popular, a la distribución de la riqueza.

Resulta elocuente en este sentido el [último informe](#) del Credit Suisse sobre la riqueza global.

En un 2020 de pandemia, **lockdown** (cierre de empresas) e impacto recesivo en la producción mundial, tras un primer impacto de retroceso en la generación y apropiación de riqueza desde enero hasta mayo, la

FUTURO ALTERNATIVO

recuperación desde junio genera una desigualdad acrecentada de la apropiación personal de la riqueza, altamente concentrada. Se destaca en el Informe, en la página 17 que:

“Las diferencias de riqueza entre adultos se ampliaron en 2020 para el mundo...en la mayoría de los países.”

“El número global de millonarios se expandió en 5,2 millones para llegar a 56,1 millones...para pertenecer al 1% más rico del mundo. El grupo de alto patrimonio neto (UHNW) agregó un 24% más de miembros, la más alta tasa de aumento desde 2003.”

La gráfica de la pirámide de la riqueza es elocuente, en donde el 1,1% de la población adulta del mundo, unos 56 millones de personas, cada uno con más de 1 millón de dólares se apropian de 191,6 trillones de dólares, el 45,8% de la riqueza total acumulada hacia el 2020, año de la pandemia.

En la escala siguiente, los que acumulan riqueza entre 100.000 dólares y 1 millón, son casi 583 millones de adultos, el 11,1% del total, acumulan 163,9 trillones de dólares, un 39,1% de la riqueza total. Entre ambas categorías suman 639 millones de personas adultas que concentran el 12,1% de la población y el 84,9% de la riqueza. En la base de la pirámide, 2.879 millones de personas adultas, el 55% del total, con menos de 10.000 dólares se apropia del 1,3% de la riqueza.

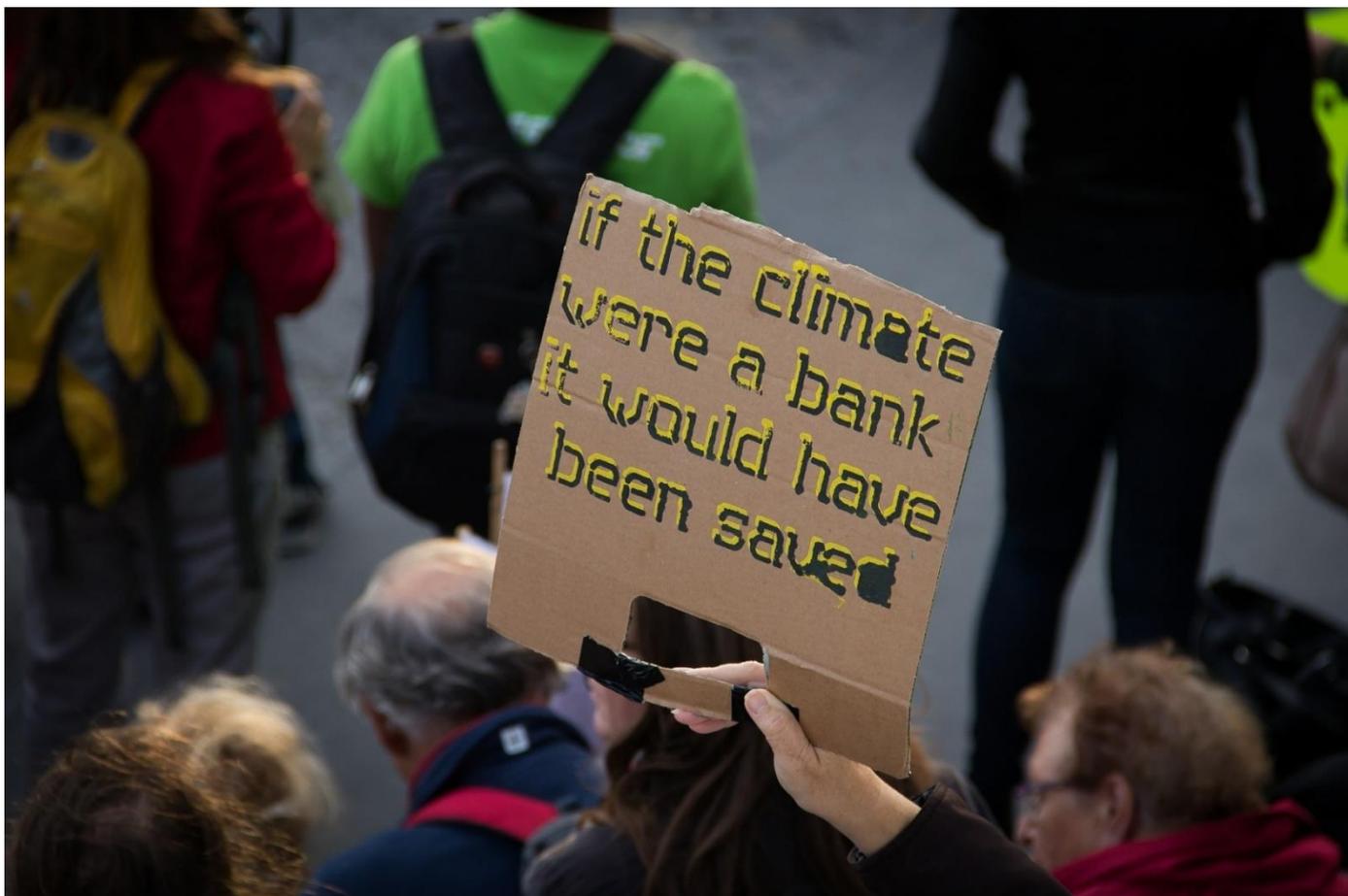
¿Fracasa el neoliberalismo o estas referencias especifican la realidad de un orden social de privilegio a la concentración del ingreso y de la riqueza en pocas manos?

Mientras el 1,1% de la población adulta concentra el 45,8% de la riqueza socialmente generada, el 55% apenas se apropia del 1,3%. Algo así como que 56 millones de personas apropian el equivalente de casi 2.900 millones de personas.

Esta pirámide expresa la situación actual del orden capitalista, que recrea las condiciones de funcionamiento para la valorización de los capitales y la dominación social.

La discusión es si se puede disputar el sentido común del orden social necesario para construir otro sistema de relaciones económico-sociales sin explotación, ni patriarcalismo y saqueo de bienes comunes para atender las más amplias necesidades de la población mundial

**FUTURO
ALTERNATIVO**



www.futuroalternativo.eu

futuroalternativo@futuroalternativo.eu

[@FAlternativo](https://www.instagram.com/FAlternativo)